

## Y los árboles rieron

Hoy narraremos la historia de unos mellizos, dama y varón, Pedro y Juana. Alumnos de tercero básico de la escuelita rural de la zona donde ellos vivían, de la relación de ellos en ese pueblo campesino del sur de Chile que los conmovió. Ellos nacieron y vivían en ese sector cordillerano hace mucho tiempo. Sus padres, unos campesinos de tomo y lomo que heredaron esas tierras, dedicados al cultivo de papas en un área rodeada de árboles. Su escuelita quedaba a dos kilómetros de distancia. Sus padres, muy agradecidos de la tierra donde vivían, constantemente les dirigían sus oraciones, no necesariamente cristianas a esos predios, quiénes con tanta generosidad les entregaban sus frutos y grandezas que solo la Naturaleza puede proveer, y esas invocaciones las practicaban con un volumen bastante elocuente para que sus hijos escucharan todas las gratitudes que estos campesinos exclamaban y que sus hijos escuchaban con la misma devoción.

Pero en la zona arbórea estaban ocurriendo situaciones que rompían con esa devoción. Unos ruidos ensordecedores se escuchaban alrededor. Ruidos de maquinarias de todo tipo; camiones, sierra y grúas, además de los gritos de los trabajadores, que participaban con mucho ardor en esas faenas. Se estaban podando y cortando árboles para el negocio de la madera. Se escuchaban, para los oídos agudos de los campesinos, ciertos lamentos, provenientes, según ellos, desde los árboles, al sentir la bestialidad que les estaban infringiendo. Pero la vida tenía que seguir y ellos dedicados a su labor campesina, tenían que seguir en esas tareas.

Los mellizos, ajenos un poco y ya acostumbrados a esos ruidos, seguían con sus juegos, pero no en la casa. Se aburrían un poco en ella, el bosque era más entretenido, así que se fueron a la floresta bastante decididos a vivir plenamente, y era donde se sentían mejor, dando un énfasis de mucho entusiasmo por esa decisión. Era un claro muy lindo que el bosque presentaba y que estaba ubicado a casi un kilómetro hacia la escuelita. Pareciera que el bosque en esa zona se encantaba con esas presencias, sintió el entusiasmo de los niños y como que también reaccionó positivamente dándole un aire a los mellizos de buena acogida, los árboles casi se inclinaban en un gesto de agradecimiento. La llegada de la inocencia se acogía con muchos agradecimientos de parte de la flora y fauna, sin decirlo, por supuesto, pero los animales se presentaban en el escenario a ver quiénes emitían esos sonidos tan transparentes que llamaban su atención. Las risas y cantos que ellos entonaban parecían propias de la naturaleza. De esa forma se podía intentar descifrar esas eufonías, expresando así los niños que se sentían parte del conjunto junto a la fauna y flora. Prácticamente ellos no se preocupaban, porque cuando asistían a ese escenario vivían lo que ellos sentían al estar en medio de la naturaleza. Y así pasó el tiempo, hasta que ellos se cansaron un poco y se sentaron. Se repusieron bastante al relajarse. Habían cantado y bailado lo suficiente, casi de ensueño, y antes de quedarse dormidos decidieron irse a su casa, siempre cantando y riéndose, sumamente contentos.

Al día siguiente llegaron a clases altamente conmovidos por lo que habían vivido en el bosque, muy cerca de su lugar de residencia, y al cual ellos acostumbraban ir a jugar. La historia que ellos narraron en sala de clases a su profesora, quien

los escuchaba con mucha atención, provocó que ella al término de la clase invitara a todos los alumnos del curso ir a ese bosque y al lugar preciso donde iban los hermanos.

Llegaron al bosque los niños de la escuelita rural, con su profesora que en esa ocasión hizo un ruedo con todos los niños. Les explicó que una persona dedicada a la ingeniería forestal en una oportunidad le había contado que los árboles son como los hermanos, no se toman de la mano porque no tienen, pero se toman de las raíces y así crean una red, una verdadera sociedad de los árboles que así pueden vivir apoyándose unos con otros. Aplaudieron los niños porque la explicación de la profesora fue bien dramatizada para que su explicación se acercase lo más posible a esa realidad.

La profe se vistió para esa ocasión a tono con el acontecimiento, vestida con un delantal amarillo y una flor roja en el pelo, unos dientes blancos, de mediana altura y pelo largo, muy hermosa. Los niños con delantales azules, los árboles aportaban un color verde, el pasto ya pisoteado por los imberbes, de un color ámbar, los pajaritos con su gris acostumbrado, al igual que un zorrillo que se interesó por ver que era todo ese ruido, los mirlos un azabache luminoso, los conejos entre un gris y un blanco, los copihues un rojo fosforescente. Era toda una sinfonía de colores, lo único que faltaba era ponerle música. La señorita invitó a los niños hacer una ronda, todos tomados de la mano y a la orden de ella se pusieron a saltar y correr en un ruedo como si fuera un verdadero carrusel. El bosque se estremeció, los pájaros piaban, el zorrillo aullaba, los niños cantaban, su profesora combinaba silbidos con entonaciones cristalinas de buen registro

musical, el suave viento se hacía escuchar con un leve murmullo. Los árboles, como tomados de la mano con sus lianas, se mecían a uno y otro lado, participando con el repertorio exacto al hacer sonar el roce de sus follajes. En un momento determinado, el éxtasis provocó una seminconsciencia, al producirse un eco y en donde el sonido se proyectó a una verdadera sinfonía subliminal. Los mellizos, con los ojos bien abiertos, miraban a todos lados sin saber que decir, a pesar de que sus juegos eran acostumbrados en ese exótico parque de diversiones, pero que en esta oportunidad había superado sus expectativas. Se había transformado el claro del bosque en un verdadero teatro de los ensueños, donde el rey del bosque son los árboles y todos los invitados se habían transfigurado en actores sublimes, logrando una plena alegría de su majestad.

Los niños y niñas quedaron agotados pero felices por la alegría, risas y cantos, en donde no faltaron los saludos que se hacían entre ellos ante la magnitud de lo vivido y que nunca habían sentido. Es muy sabia la naturaleza al haberse expresado de una forma tan visible.

Ya instalados en clases al día siguiente contada esta historia, unos compañeros de los hermanos propusieron hacer algo, querían participar con una invitación. Consistía en ir a plantar árboles, y al crecer junto a ellos se produciría una clara complicidad de afectos. Pero ¿qué árboles? Lo mejor era una planta o un árbol cualquiera, quien a lo largo de su vida entregará muchas satisfacciones.

Ante tantas preguntas, no quedaba otra que seguir comentando sobre el tema de mantener conversación con el bosque, y en especial los niños, quiénes con

su inocencia y verdad intelectual, son las personas indicadas para esta sublime relación, además de ejemplarizada forma de masificación para rendir un tributo y respeto a la Naturaleza.